

La emergencia socioecológica como tema de nuestro tiempo¹

Emilio Santiago Muíño

Doctor en Antropología social. Científico titular del CSIC.

1. El tema de nuestro tiempo y el problema de la metahistoria

Este año 2023 se cumple un siglo de la publicación de uno de los libros más importantes de la obra de Ortega, *El tema de nuestro tiempo*, que sentó las bases de lo que fue su pensamiento maduro, etiquetado en los manuales de filosofía como raciovitalismo. La efeméride nos sirve de pretexto retórico para reapropiarnos de la célebre expresión que da título al libro, y defender, como viene haciendo desde hace años Jorge Riechmann (Riechmann, 2016), que si en el siglo XXI hay un asunto candidato a obtener el rótulo de tema de nuestro tiempo es la cuestión socioecológica, cuya gravedad ya exige hablar mucho más en términos de emergencia que de crisis. Este será el hilo conductor de este número de la revista *Pensamiento al Margen*, que abordará algunos de los retos intelectuales y políticos de la emergencia socioecológica desde diferentes perspectivas. Pero antes de analizar las razones por las que la emergencia socioecológica merece un título tan superlativo, es interesante preguntarnos qué puede ofrecer el pensamiento de Ortega para orientarnos en la encrucijada de nuestro presente.

Ortega escribió *El tema de nuestro tiempo* bajo el presupuesto de que un proyecto de “metahistoria” —esto es, la clarificación de los patrones recursivos del acontecer humano, y el descubrimiento de los grandes ritmos históricos—, no solo era epistemológicamente posible, sino que suponía de hecho la tarea que justificaba el valor intelectual de esta disciplina (Ortega, 1988, p. 60). A partir del estudio histórico, el investigador podría predecir acontecimientos, al menos en términos generales, pues como “la historia no es un puro azar indócil a toda previsión”, ejercitarla “solo es una labor científica en la medida en que sea posible la profecía” (Ortega, op.cit., p.65). También sería posible acentuar la importancia de unos fenómenos frente a otros y ejercitar una mirada selectiva capaz de ordenar una jerarquía de prioridades del presente que no fuera arbitraria. Estos presupuestos clasificarían a Ortega dentro de ese enfoque filosófico que Karl Popper criticó bajo el paraguas del historicismo (Popper, 2002): una categoría elaborada para desacreditar el marxismo que, aunque partía de una comprensión muy superficial de los textos de Marx, sí que delimitó bien cierta tentación oracular del pensamiento moderno que tuvo en las versiones mecanicistas y vulgarizadas del marxismo uno de sus ejemplos más representativos.

Según Ortega, si atendemos a las “sugestiones del común destino” (Ortega, op.cit., p. 63) descubriremos que cada época impone un dilema y misión que se encarnan en una vocación generacional. Esta vocación, a su vez, supondría una prueba de competencia

¹ La coordinación de este número de *Pensamiento al margen* se enmarca en el trabajo desarrollado en el proyecto de investigación *Humanidades energéticas: Energía e imaginarios socioculturales entre la revolución industrial y la crisis ecosocial* (PID2020-113272RA-I00).

vital y por tanto una responsabilidad, especialmente para las minorías selectas que conforman la comunidad directiva de cada generación. Así pues, las generaciones podrían o bien hacerse cargo del tema de su tiempo o desertar siendo “infieles a sí mismas” y actuando como “generaciones delincuentes” (Ortega, op.cit., 62). A partir de estas coordenadas, Ortega diagnosticó una profunda desorientación civilizatoria en Occidente, que debía corregirse superando las estrecheces subjetivas de un racionalismo hipertrofiado, que venía dominando Europa desde el siglo XVI, y que estaba preñado de un culturalismo, un utopismo y un revolucionarismo excesivos. Estos alejaban peligrosamente a Europa de los valores inmanentes de la vida tal y como fueron expuestos en los trabajos anticipatorios de Goethe y Nietzsche, la vida como algo que merece la pena en sí misma más allá de los motivos ultravitales hacia los que se oriente. Por tanto, Ortega se sentía parte de una generación que debía pasar la página de la etapa racionalista de la cultura europea para abrir el capítulo de una etapa vitalista que no fuera ni regresiva ni irracional. Una nueva época que reubicase la razón como instrumento parcial en el marco de una cosmovisión que consagrara la vida como un fin en sí mismo, no como un medio para alcanzar ideales abstractos. “La razón pura tiene que ceder su imperativo a la razón vital” (Ortega, op.cit., p.100). Ese era para Ortega, hace un siglo, el tema de su tiempo.

Como suele ocurrir en las filosofías historicistas, en *El tema de nuestro tiempo* la crisis también adopta la lógica de la demora, del retraso, de la impuntualidad: “Lo mismo da que sean liberales o reaccionarios. En ambos casos son rezagados. El destino de nuestra generación no es ser liberal o reaccionaria, sino precisamente desinteresarse por este anticuado dilema” (Ortega, op.cit, p. 64). Lo que sustenta el razonamiento es la irrupción de un partearguas temporal que sirve de patrón de medida. La asunción de que se ha cruzado de una frontera histórica definitoria, pero con un déficit reflexivo sobre lo que ello implica. Y que por tanto impone un ajuste, un ponerse en hora.

Este modo de enfocar el cambio social es coherente con el intento orteguiano, también prefigurado en este libro, de convertir el conflicto entre generaciones en algo parecido a la lucha de clases en el sistema marxista: un motor de la historia. “El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros” (Ortega, op.cit., p.58) Como señalan Carles Feixa y Carmen Leccardi (Feixa y Leccardi, 2011), no es casualidad que fueran autores como el húngaro Mannheim o el español Ortega los que pusieran el acento en la lucha generacional, un poco a contracorriente respecto al resto de Occidente. Probablemente en ambos casos se trataba de intentos de no quedar descolgados del debate sociológico internacional, crecientemente monopolizado por la categoría de conflicto, pero desde lugares de enunciación que se querían resistentes frente a la creciente influencia intelectual del marxismo.

Que la historia se rijan por leyes, esto es, que sea un proceso evolutivo lo suficientemente sistémico y coherente como para que su dirección sea anticipable mediante el estudio del pasado, es una apuesta que resulta hoy difícil de defender. Algunos de los grandes hitos de la filosofía desde finales del siglo XIX, desde Nietzsche hasta Benjamin pasando por el citado Popper, Foucault o Vattimo, han tenido que ver con diferentes formas de crítica a este enfoque finalista o teleológico que, en su formulación más sofisticada, debemos seguramente al influjo del sistema hegeliano. Si a ello le sumamos que el fracaso político del socialismo real hizo entrar en bancarota una de las escuelas historicistas de mayor implantación social, la del materialismo dialéctico (en palabras de Rendueles, una extraña alianza entre materialismo marxista e idealismo hegeliano –Rendueles, 2016, p. 94), y le añadimos las tonalidades epistémicamente más humildes que, por muchas razones e influencias, ha ido adquiriendo el debate filosófico,

una obra como la Ortega hoy está condenada a chirriar por una pomposidad y ambición que nos suena vetusta. Sin embargo, las tesis historicistas no dejan de estar presentes en la trastienda de muchos planteamientos ideológicos y filosóficos contemporáneos. Como si recaer en un criptohistoricismo fuese una suerte de necesidad. En definitiva, el historicismo es una perspectiva con una mala salud de hierro.

Así, el papel de vector progresista (o al menos dinámico) que en el pensamiento de Ortega juega la noción un poco ambigua de “ley de desarrollo de la vida” (Ortega, op.cit, pág. 66) lo sigue cumpliendo en la tradición marxista, incluso en muchos exponentes que han pretendido romper con el economicismo vulgar, el impulso tecnológico o el desarrollo de las fuerzas productivas. En la sociobiología ese rol está reservado a la transmisión y preservación del propio acervo genético. En la teoría crítica contemporánea, a los avances de la racionalidad comunicativa. Las diferentes corrientes del pensamiento ecologista hacen lo propio con aspectos de nuestro metabolismo sacionatural, como la apropiación humana de flujos energéticos. Los ejemplos podrían ser otros. Lo que comparten todas estas apuestas es la negación de que la historia humana sea una sucesión caótica de acontecimientos contingentes, una suma azarosa de coyunturas. Hay principios de estructuración subyacente, al margen de la interpretación y la voluntad humana, que imprimen un cierto orden predecible al devenir de los acontecimientos y que permiten cribar los hechos importantes de los hechos triviales.

Por norma general, estos planteamientos metahistóricos, especialmente en sus declinaciones más divulgativas o vulgarizadas, son susceptibles de degenerar en concepciones bastante esquemáticas de la evolución social, proclives a construir polarizaciones conceptuales y dualidades un poco toscas, que después siempre son puestas en cuestión por análisis mejor enraizados en la complejidad que ofrecen los hechos empíricos exhaustivamente estudiados. Se trata de interpretaciones en las que se exagera y se fuerza la organicidad de los procesos bajo la luz del principio rector elegido. Y que sitúa en muchas ocasiones al pensamiento al borde de caer un reduccionismo empobrecedor. La obra de Ortega no es ajena a estos peligros. Y quizá lo que ha envejecido peor en un libro como *El tema de nuestro tiempo* son esos pasajes en los que su enfoque metahistórico propone periodizaciones tan abusivas como precipitadas: desde la supuesta sucesión de épocas polémicas y épocas acumulativas (como si ambos principios no convivieran permanentemente en el campo intelectual de cualquier sociedad) hasta sus categorizaciones extremadamente simplistas sobre la supuesta esencia sensible contrapuesta de la civilización asiática y la occidental. Leer estos pasajes hoy provoca el mismo tipo de incomodidad que sentimos al leer las proyecciones taxativas sobre la sucesión de los modos de producción en un texto de la tradición marxista o los supuestos estadios culturales de la humanidad que clasificaron los antropólogos evolucionistas del siglo XIX.

Sin embargo, estos enfoques metahistóricos, en versiones más fuertes o más débiles, regresan una y otra vez, seguramente por dos motivos. Uno es que están hechos de una materia prima que sirve para tonificar la intervención política a gran escala. Es una evidencia de la experiencia que articular las fuerzas plurales de una sociedad para apuntar a objetivos colectivos con elevados costes de oportunidad, en contextos de beligerancia competitiva, es una tarea que tiene en las certezas direccionales que hipotéticamente trascienden el capricho humano un punto de apoyo muy funcional. Gracias a este recurso teleológico las narrativas políticas tienden a cohesionar sujetos más competentes para el conflicto. Como afirma César Rendueles, “la teleología inyecta dinamismo en la base social” (Rendueles, op.cit, pág. 94). “Quién no mataría hoy por un poco de *telos*” se lamenta el colectivo Corriente Cálida en el editorial del segundo número de su revista (Corriente Cálida, 2023).

El segundo motivo es que las perspectivas metahistóricas, aunque sea de manera sesgada o reduccionista, aunque sea por exceso, ofrecen cierta productividad cognoscitiva. Especialmente en contraste con su alternativa lógica fuerte, una suerte de atomismo histórico por el que la historia solo sería una acumulación temporal de hechos independientes e irreductibles unos a otros, una inmensa suma de singularidades, que la historiografía no podría agregar legítimamente en interpretaciones sintéticas o narrativas coligadas. Una apuesta que de algún modo subyace, al menos como polo de orientación epistemológica, a diferentes corrientes historiográficas contemporáneas de cierto peso, desde la filosofía analítica de la historia de Carl Hempel o William Dray hasta el giro antirrepresentacionista de tintes posmodernos asumido por autores como Franklin Rudolph Ankersmit.

El modo en que las diferentes formas de historicismo se anclan, como premisa básica, en un principio de inteligibilidad social que ordena el curso de los acontecimientos presentes y pasados y fija prioridades para enfrentar el futuro se ajusta mejor, aunque sea por exceso, a otro hecho de experiencia que resulta incontestable: aunque los diversos problemas que nos ocupan en una situación histórica determinada están socialmente contruidos, esta construcción no funciona como un dispositivo puramente unilateral, sino que debe ponerse a prueba con un principio de realidad que es plural en la contextura de sus urgencias y sus interpelaciones. Y que exige, por usar una dicotomía clásica, diferenciar entre verdad y opinión. Esto es, la realidad en el tiempo nos enfrenta a problemas que por sus implicaciones y su alcance tienen importancias diferenciales que deben ser correctamente interpretadas. Y si una sociedad no consigue ajustar bien sus instrumentos de percepción y estimación a los requerimientos que esos problemas imponen, el problema no atendido puede degenerar en un error que comprometa la viabilidad de un proyecto político.

Quizá la historia no sea nunca el recorrido “normal de una órbita preestablecida” como afirma Ortega (Ortega, op.cit., p.65), y se parezca más a ese encadenamiento de coyunturas del que habla en ocasiones Carlos Fernández Liria: “en la historia no todo está en todo” (Fernández Liria, 1999, p. 306). Pero este encadenamiento no es exactamente un caos o un capricho. Cristaliza en procesos de estructuración, plurales y parciales, nunca completamente integrados en una totalidad, pero que dan lugar a procesos estadísticamente robustos y dinámicas inerciales difíciles de desmontar. En antropología, este debate entre contingencia y necesidad en el curso de la historia encontró un principio de solución interesante en la distinción propuesta por Stephen Toulmin (Toulmin, 1972) entre los planteamientos evolucionistas y los planteamientos evolucionarios, que a su vez nos remiten a la clásico distinción de Marshall Sahlins entre evolución general y evolución específica (Sahlins, 1960). Mientras que el evolucionismo entiende los cambios sociales como explicados en función de un “argumento cósmico” que puede ser codificado en forma de leyes, para el evolucionarismo los cambios sociales se explican cómo respuestas a requisitos particulares en situaciones específicas, esto es, como modificaciones en función de adaptaciones concretas y abiertas dentro de los empujes que imponen determinadas trayectorias. Bajo diferentes formas de dependencia del camino así como de sedimentación estructurante, la pluralidad de situaciones y coyunturas de la vida social cristalizan en patrones de consistencia recurrente que nos presionan con fuerzas e importancias diferentes y que conforman algo que podría llamarse imperativos de época. Prioridades de la historia. Esto es, “temas de nuestro tiempo”. Y la facultad estimativa y por tanto reflexiva de nuestras sociedades no siempre se afina bien ante estos retos de dimensión objetiva que nos exponen al el peligro del fracaso colectivo.

Es ahí donde la estructura de razonamiento de un libro como *El tema de nuestro tiempo* nos ofrece un punto de abordaje que sigue siendo útil. “Somos de una época en la medida en que nos sentimos capaces de aceptar su dilema y combatir desde una de las trincheras que éste ha tajado”, decía Ortega hace un siglo (Ortega, op.cit., p.78). ¿Hay razones de peso que justifiquen escoger a la emergencia socioecológica como ese dilema de los muchos que nuestro presente nos arroja para, a partir de él, no solo elegir trinchera sino definir los contornos de nuestra época?

2. Antropoceno: enfrentando el “mal mayor”

Extrapolando el planteamiento de Ortega a nuestro siglo, cualquiera que sea el tema de nuestro tiempo debe suponer una novedad tan disruptiva como peligrosa. Un desafío que ha dejado obsoletos los viejos parámetros civilizacionales y que, so pena de fracasar históricamente, nos impone una profunda transformación colectiva como misión o tarea generacional.

En principio, la lista de candidatos a tema de nuestro tiempo es grande, pues nuestro mundo está saturado de tensiones acumuladas y contradicciones no resueltas que pueden comprometer el futuro. Optar por priorizar uno u otro no dejará nunca de estar condicionado por el propio nicho de interés, conocimiento o preocupación dentro de la pluralidad de perspectivas, ideologías y cosmovisiones que conforman nuestros mundos sociales. Para personas educadas en creencias religiosas fuertes es posible que el tema de nuestro tiempo no haya dejado de ser el mismo desde el siglo XIX: el imparable avance de la secularización en todas las dimensiones de la vida social, algo que sin duda para un verdadero creyente puede ser percibido como una catástrofe metafísica. En las antípodas, leyendo la prensa en 2023 no faltan razones para sospechar que el desafío económico, tecnológico y político que supone el crecimiento exponencial de la Inteligencia Artificial bien merece el primer puesto de nuestras preocupaciones colectivas. Que vivamos en un mundo en el que la guerra siga siendo una institución de gestión de conflictos políticos en coexistencia con arsenales nucleares, que fue sin duda para muchos el tema de su tiempo durante la Guerra Fría, es un asunto que dista enormemente de estar resuelto. La enumeración podría proseguir durante páginas. Todos los años el Foro Económico Mundial publica un informe en el que se recogen las percepciones de las élites económicas y políticas, así como de un panel de expertos y de las mayores compañías aseguradoras del mundo, sobre las principales amenazas que nuestra sociedad enfrenta a dos y a diez años vista: en un principio cualquiera de los riesgos globales de esta lista, desde la ciberseguridad hasta la polarización política, los flujos migratorios o el aumento de la desigualdad, podrían ser considerados con muy buenas razones como temas de nuestro tiempo.

Ante esta polifonía de amenazas existenciales, quizá lo más prudente sería determinar que no existe un único tema de nuestro tiempo. Y asumir que estamos arrojados a una pluralidad de riesgos enmarañados como el modo más correcto de ser fiel a la complejidad de nuestra encrucijada histórica. En esa línea apunta el concepto de *policrisis* de Adam Tooze (Tooze, 2022), que es analíticamente interesante porque recoge toda una suma de anomalías sistémicas, con sus conflictos y tensiones en juego, que están confluyendo y retroalimentándose entre sí, hasta generar un efecto emergente que empeora las consecuencias de cada una de estas crisis por separado. Pero, a su vez, a diferencia de otros conceptos en boga como crisis de civilización, invita a analizar todas estas crisis prestando atención a las especificidades de cada una de ellas, a lo que tienen de fenómeno singular, sin buscar subordinarlas a una gran lógica común y unitaria, a la crisis de crisis por emplear una imagen bíblica. Además, la propuesta de Tooze nos invita a pensar toda

esta superposición de crisis desde una perspectiva “sobredeterminada” en el sentido de Althusser. Esto es, a mirar esta crisis con muchas cautelas predictivas y una actitud antideterminista, porque la complejidad es sinónimo también de apertura de posibilidades de combinación y por tanto de evolución muy distintas.

Sin embargo, es posible argumentar que, en el marco de esta policrisis, el conjunto de turbulencias materiales y retos políticos asociados que se engloban bajo el rótulo “crisis socioecológica” merezcan una consideración especial. A medida que sus impactos se dejan sentir con más fuerza, y en paralelo al esclarecimiento científico de sus implicaciones y sus plazos, nuestras sociedades van siendo difusamente conscientes de ello. No es casualidad que en el propio informe de Riesgos Globales del Foro de Davos, las diferentes expresiones de la crisis socioecológica (fracaso en la mitigación del cambio climático, eventos climáticos extremos, colapsos de la biodiversidad), hayan ganado un protagonismo creciente (World Economic Forum, 2023). Hasta el punto que en la última edición, en la categoría de medio plazo (riesgos a diez años), seis de los diez peligros globales contemplados (entre ellos los cuatro primeros) clasifican como ambientales.

El astrobiólogo Adam Frank afirma que, en cualquier planeta imaginable con tectónica de placas y vida basada en carbono, una civilización energéticamente cimentada en los combustibles fósiles resultaría una trampa evolutiva endiablada: generaría fortísimas inercias y dependencias muy difíciles de desmontar aprovechando consumos energéticos tan fabulosos y explosivos como profundamente comprometedores para los parámetros de estabilidad de la vida planetaria. En sus propias palabras, impulsar el cambio climático puede ser algo genérico (Frank, 2018). Un evento común dentro de la historia cósmica al que se enfrentarían numerosas civilizaciones. Al margen de que estas especulaciones exo-planetarias puedan ser interesantes, nuestra situación en el siglo XXI resultar ser, exactamente, la de esta trampa evolutiva que describe el modelo de Frank.

Y esta trampa evolutiva de los combustibles fósiles contiene dos características esenciales que la destacan objetivamente por encima del resto de nuestras preocupaciones. Dos características cuyo único precedente histórico comparable es la posibilidad de la autodestrucción nuclear. Aunque con la diferencia importante de que el Armagedón atómico estaría mediado, en última instancia, por decisiones humanas conscientes mientras que el Armagedón climático y ecosistémico es un efecto inercial del modo en que hemos configurado el núcleo de reproducción material de las sociedades industriales. Estas dos características son el impacto total o apocalíptico y la irreversibilidad a la que nos arrojan los daños ambientales acumulativos.

Barry Commoner expuso a la perfección el cambio cualitativo que la crisis socioecológica suponía, respecto a otros problemas del pasado, al poner en juego las bases mismas de nuestra supervivencia (Commoner, 1973). No la pervivencia de individuos o de grupos de individuos (cuyo derecho a una vida digna sigue sin estar asegurado en amplias partes del mundo). No la pervivencia en una forma social o civilizacional concreta, que en términos históricos son siempre realidades transitorias. Sino la supervivencia de la humanidad como especie biológica. Esto es lo que llamamos impacto total o apocalíptico: una posibilidad antropológica a la que la humanidad ha sido completamente ajena hasta el siglo XX. Y que justificó que Hans Jonas intentara reformular el imperativo categórico kantiano bajo la premisa de que el desarrollo técnico de la humanidad había abierto la posibilidad moralmente inédita y abominable de imponer el no-ser a las generaciones futuras, algo sobre lo que parece intuitivamente que no tenemos ningún derecho (aunque luego sea un postulado difícil de fundamentar sin recurrir a un postulado metafísico) (Jonas, 2014, p. 40).

A Ortega le preocupaba que una mala respuesta al problema de su tiempo derivara en la degeneración de Europa, y el advenimiento de una época de oscurantismo y servilismo.

En el siglo XXI tenemos que lidiar con la posibilidad de que, salvo alguna pequeña franja de territorio en latitudes árticas, el conjunto de nuestro planeta se vuelva inhabitable para la especie humana. En el peor de los casos, tenemos que lidiar con la posibilidad de inducir nuestra propia extinción. Enfrentarnos el terror de que el siglo XXI sea el último de los siglos del género homo. El salto estimativo entre el tema de su tiempo y el nuestro es abismal.

La segunda característica de la crisis socioecológica, su irreversibilidad, nos interpela de un modo que también es cualitativamente diferente al resto de los problemas históricos de nuestro presente. Que la crisis socioecológica derive en un escenario de extinción humana es solo una posibilidad, no un destino (pero una posibilidad cuya mera contemplación realista debería trastocar completamente nuestra escala de valores). Sin embargo, antes de llegar al peor desenlace imaginable, la crisis socioecológica nos está introduciendo, de un modo que aunque no es un destino se le parece mucho, en una mutación material muy peligrosa, en un desarreglo de los patrones de relación y mutua configuración entre lo que podríamos llamar simplícidamente “naturaleza” y “sociedad”, que va a condicionar a peor cualquier posibilidad humana bajo el signo de lo incorregible. Un aumento de la desigualdad, una dictadura autoritaria, o un retroceso en los derechos de género, como el que ha ocurrido recientemente en EEUU con el derecho al aborto, suponen sin duda catástrofes para quienes las padecen, que pueden llegar a ser fatales. Pero en un plano más general, se trata de involuciones susceptibles de ser enmendadas mediante nuevos ciclos de lucha política en la dinámica de la historia. Sin embargo, algunas de las aristas de la crisis socioecológica no pueden ser pensadas como traspiés puntuales: son definitivas. Al menos en cualquier escala temporal que nos resulte antrópicamente manejable. Este dilema lo resumió a la perfección Andreu Escrivà: “El cambio climático implica una paradoja espeluznante: tomar acciones en tiempos humanos (¡de menos de una generación!) para evitar cambios a escala geológica. Nunca ninguna especie -ni sociedad- había tenido, de forma consciente, este poder y esta responsabilidad” (Escrivà, 2020, p.38) Si finalmente el cambio climático nos encamina hacia una trayectoria de Tierra invernadero, no habrá marcha atrás (Rockström, 2022). Sencillamente nuestro mundo se volverá sustancialmente invivible, tanto en el plano de la vida biológica, como en el plano de una vida personal y social que, al menos desde nuestros parámetros actuales, merezca ese nombre.

Los plazos de acción para evitar consolidar la trayectoria Tierra Invernadero son muy ajustados. En 2021, según el sexto informe del IPCC, el presupuesto de carbono del que disponemos para no superar los 1,5° de aumento de temperatura de aquí a final de siglo es de 400 Gt. Para contar con un 66% de posibilidades para no pasar de 2° es de 1.150 GtCO₂. Al ritmo actual de emisiones, 40 Gt anuales, el margen de maniobra para evitar los 1,5° lo habremos malgastado en 2030. Es decir, en menos una década habremos consumido el espacio de seguridad climática de todo un siglo. Al mismo ritmo, en 2045 podríamos dar también los 2° por perdidos (Olabe, 2022). De estos datos cabe inferir que a mediados de esta centuria habremos cruzado el Rubicón ecológico: o una sociedad reintegrada en los límites de la biosfera, que ha sentado las bases de la estabilización del sistema climático, o la descomposición catastrófica de la era industrial en una lucha competitiva entre sus diferentes partes por el control de recursos cada vez más escasos bajo los caprichos de una atmosfera caótica y hostil.

A lomos del tigre de los combustibles fósiles nos hemos convertido en la más influyente y a la vez más excedida fuerza planetaria: influimos en todos los procesos sionaturales del Sistema Tierra de un modo más intenso que la circulación atmosférica o la tectónica de placas. Pero no tenemos control efectivo sobre ninguno. Este es el sentido del concepto de Antropoceno, una categoría tan ideológicamente problemática como al

mismo tiempo acertada: el término capitaloceno, propuesto por Malm o Moore (Malm, 2020, Moore 2020), delimita mejor las responsabilidades y la génesis estructural del problema. Pero define peor sus efectos y desdibuja la discontinuidad esencial de nuestro mundo respecto al mundo de los siglos XIX y XX. En el siglo XXI hemos desatado algo que se parece mucho a un “mal mayor”: hemos convertido La Tierra en una suerte de macro-efecto bumerán que amenaza con estrechar dramáticamente los campos de posibilidad de la vida humana hasta el punto de forzar nuestra propia desaparición.

3. El tema de nuestro tiempo como desafío político

¿Por qué no hemos sabido corregir el rumbo ecológico desastroso que ha tomado la revolución industrial? La cuestión es especialmente pertinente teniendo en cuenta la ingente cantidad de buen conocimiento científico que tenemos al respecto, al menos, desde los años setenta (Rich, 2020). Es evidente que la crisis ecológica presenta un perfil espacial y temporal para el que no estamos biológicamente bien preparados (Krzynaric, 2020). Espontáneamente, nuestras estructuras cerebrales nos hacen primar la gratificación a corto plazo frente a la previsión a largo plazo. Este desequilibrio, que en el Paleolítico seguro que nos fue de mucha ayuda para prosperar, en el Antropoceno es un lastre desadaptativo.

En nuestra impotencia ecologista no juega un papel menor la influencia de doctrinas y mentalidades, que marcan nuestras decisiones colectivas y que conservan casi intactos su dominio cosmovisivo pese a ser cada vez más inconsistentes, desde la superstición tecnolátrica hasta la primacía de la economía neoclásica en los grandes centros de decisión política. A su vez, una parte creciente del ecologismo considera que la raíz última de la insostenibilidad debe buscarse en las premisas ontológicas y epistemológicas de la modernidad occidental, que habrían impuesto un dualismo entre naturaleza y cultura, susceptible de fomentar comportamientos cosificadores y depredadores respecto a la naturaleza, al mismo tiempo que promovería una fantasía del sujeto invulnerable, a la que sería especialmente receptiva el género masculino construido por el patriarcado. Para estas corrientes del ecologismo la sostenibilidad estaría supeditada a una suerte de giro ontológico que reestableciera la continuidad profunda entre naturaleza y ser humano provocada por la escisión moderna, aproximándonos al tipo rasgos antropológicos y cosmovisivos que aún perviven en algunos pueblos originarios.

Sin negar que estas aproximaciones puedan enriquecer los análisis socioecológicos o servir de inspiración para luchas ecosociales legítimas y necesarias, mi posición considera que el enigma histórico de la incompetencia ecologista de nuestro presente se explica mejor recurriendo al estudio de la fuerte carga inercial que imponen determinados rasgos institucionales de la sociedad moderna, asentados en lógicas que se reproducen de modo espontáneo y que estructuran y definen la vida colectiva, así como a la influencia de estas lógicas en el juego de la estratificación social. Esto es, los coágulos de intereses creados que esta “gramática sociológica” produce, y que se encarnan en los programas y los planes de nuestras élites para reforzar y expandir su fuente de poder.

Creo que es ingenuo (y ofrece soluciones demasiado sencillas) pensar que estamos hundiéndonos en el caos climático por un gran error conceptual u ontológico. Nuestro fracaso civilizatorio ante la emergencia climática se solapa, más bien, con la imposibilidad de haber logrado poner bajo control, al menos, dos de estas grandes fuerzas inerciales de la modernidad y la agenda de privilegios que cabalgan sobre ellas: la pulsión competitiva inclausurable que rige en el sistema internacional de Estados nación, donde las posibilidades de concertación cooperativa son muy frágiles, y la acumulación de capital como principio económico tautológico y totalitario que no solo crea una inmensa

bolsa de pobreza artificial y desigualdad como prerrequisito de la prosperidad, sino que es constitutivamente inestable y su desarrollo pone en peligro, recurrentemente, los principios básicos de la constitución antropológica humana (Polanyi, 1989). En otras palabras, nuestro fracaso civilizatorio se confunde con dos frustraciones históricas de amplio aliento: el proyecto ilustrado de un orden internacional federal basado en principios republicanos y los intentos socialistas de superación del capitalismo.

El Antropoceno es también una crisis de escalas. Enfrentamos fenómenos violentamente comunes que están muy por encima de las posibilidades “comunizadoras” de nuestras instituciones políticas fundamentales, los Estados nación. Marvin Harris, bajo la amenaza del holocausto nuclear de la Guerra Fría, afirmaba que uno de los grandes exámenes de la evolución cultural sería si la humanidad podría sobrevivir en un mundo políticamente dividido en Estados (Harris, 2004). Lo que es una reflexión válida para el caso del armamento nuclear, lo es más para la emergencia climática: una atmósfera caótica es un reto que no se deja abordar bien por la forma política Estado-nación que nació a grandes rasgos en la Paz de Westfalia. Los impactos climáticos desconocen fronteras al mismo tiempo que su mitigación exige importantes sacrificios. Por ello la tentación a no colaborar, a evitar esfuerzos y externalizar daños, siempre es alta. Lo que termina convirtiendo la emergencia climática en un típico dilema de teoría de juegos. Donde las lógicas particularistas y competitivas, que llevan a todos al desastre, tienen todo a favor para imponerse.

En cuanto a los problemas inherentes a nuestro régimen económico, insistir en la insostenibilidad consustancial del capitalismo es uno de los argumentos favoritos del ecologismo transformador. Especialmente por su dependencia de dinámicas expansivas. El ecologismo tiende a ver el capitalismo como un sistema sonámbulo que a la larga solo puede concebir el planeta como una cárcel que bloquea la autovalorización del valor. Pero más allá de su hipoteca productivista, una economía capitalista tiene más implicaciones ecocidas, todas ellas trágicas.

Por un lado, el monopolio del cálculo económico monetario en base a precios genera un sistema de información sobre la realidad del mundo y sus usos posibles extremadamente deformado, que nos lleva a cometer todo tipo de disparates. Fue el propio Stern, alguien poco sospechoso de connivencia con el ecologismo radical, quien consideró el cambio climático el mayor fallo del mercado de la historia. ¿Qué ecotasa podría equilibrar el hecho de que cada año de combustibles fósiles quemados suponen el gasto de casi un millón de años de biomasa solar geológicamente comprimida, y 10.000 años de calentamiento global natural?

El capitalismo también fomenta estructuralmente las externalidades ecológicamente dañinas y la búsqueda de ganancias rápidas: dos comportamientos empresariales que están en las antípodas del nuevo tipo de cultura productiva que necesitamos. Si a esto se le suma un mercado mundial donde se ha decidido que el capital circule libre e irresponsablemente, el resultado es una subasta a la baja de desregulación ambiental y laboral para abaratar costos bajo la amenaza permanente de la deslocalización. Además, el peso de las finanzas especulativas en la dirección económica global bloquea la asignación de inversiones estratégicas y prioritarias tan colosales como inabordables desde la banca privada. Lo que se llamaba en la vieja escuela marxista la “anarquía del mercado” impide procesos de planificación a largo plazo que hoy son apremiantes, como el uso sostenible de minerales estratégicos. Y por supuesto, como nos ha enseñado nuestra experiencia histórica reciente, habitar el capitalismo se parece a vivir en esos países del Cinturón de Fuego, como Japón o Chile, que esperan resignados un gran terremoto cada diez años, que a nosotros nos sacude en forma de cataclismo económico. Solo por su propensión convulsiva y su adicción a las crisis, la viabilidad del capitalismo en la era del

Antropoceno debería ser cuestionada. La transición ecológica es una tarea demasiado compleja y peligrosa, que exige una concatenación de éxitos técnicos, políticos y sociales bastante improbables, como para además añadirle turbulencias extras en forma de burbujas pinchadas, pánicos bancarios o episodios de sobreproducción.

Es de sobra admitido que, aunque en la teoría el socialismo real presentaba un modelo económico más favorable a la transición ecológica (su fuerte carácter planificativo, su compatibilidad teórica con un estado estacionario) en la práctica sus comportamientos han sido tan ecocidas, o más, que los de las economías capitalistas. Estas semejanzas no se pueden achacar solo a la ignorancia ecologista de sus élites dirigentes. Lo que nos enseña es que muchos rasgos civilizatorios modernos que el marxismo entendió como derivados de las relaciones de propiedad burguesas eran, realmente, rasgos inherentes a cierto nivel de complejidad social. Como afirma Hinkelammert, el carácter privativo del trabajo no se debe exclusivamente a la propiedad privada, sino a que el conocimiento humano es inherentemente limitado (lo que hace inevitables las instituciones del mercado y del Estado también en una sociedad socialista para poder coordinar satisfactoriamente el trabajo social) (Hinkelammert y Mora, 2014). Si se puede afirmar que el cambio climático es el síntoma de una enfermedad que se llama capitalismo no es porque el socialismo, al menos tal y como fue experimentado en el socialismo real, pudiera suponer una solución automática al problema. El tema de nuestro tiempo es, en parte, construir un tipo de economía que no será capitalista pero tampoco puede reproducir los compromisos productivistas que el socialismo real demostró.

Pero al ecologismo transformador del siglo XXI ya no le basta con enarbolar la bandera ecosocialista en un sentido abstracto. El auténtico reto de nuestra generación, el tema que delimita mejor nuestra tarea, ya no está en responder a la pregunta del por qué (la incompatibilidad de capitalismo y sostenibilidad) o del qué hacer (una economía ecosocialista democráticamente planificada). Está en contestar a la pregunta del cómo. Cómo influimos organizadamente en la evolución de nuestras sociedades para fomentar transformaciones que reintegren nuestra economía dentro de los límites planetarios al mismo tiempo que se solucionan, o al menos no se agravan, el resto de las grandes cuentas pendientes que la modernidad tiene con sus propias promesas incumplidas (la libertad política, la igualdad económica, la fraternidad cooperativa, la garantía de una vida personal capaz de desplegar todas sus capacidades).

En este sentido, en las últimas décadas el pensamiento ecologista ha conocido desarrollos desiguales. Se trata de un campo intelectual crecientemente exuberante, en el que tanto los marcos teóricos, los análisis empíricos de los peligros ecosociales, así como las interpretaciones explicativas de estos peligros, han ganado en calidad y sofisticación. Sus categorías y sus metodologías de investigación se consolidan. Las propuestas son cada vez más consistentes y sistemáticas, y organizan ya diferentes corrientes de pensamiento ecologista cada vez más definidas. El listado de diseños institucionales alternativos para un mundo sostenible es, a su vez, crecientemente rico y complejo. Hasta las narrativas utópicas ecologistas, que hasta hace poco era una rara avis, han conocido una explosión de creatividad en el último lustro. Sin embargo, la parte más débil del conjunto es la del pensamiento estratégico que posibilite intervenir políticamente en favor de convertir en realidad constatable el proyecto de una sociedad descarbonizada y reintegrada dentro de los límites del planeta.

Simplificando mucho, el debate estratégico ecologista hoy se divide, en primer lugar, en dos apuestas divergentes sobre la naturaleza del proceso de transición. Una de ellas proyecta un cambio social, casi forzoso, que supondrá una enmienda absoluta a las lógicas civilizatorias modernas. Para esta visión del futuro, esta transformación es mucho más probable que se dé en forma de colapso, esto es, de disfuncionalidad socioecológica

irreversible y repentina que simplificará radicalmente nuestras estructuras sociales (Santiago, Vindel y Rendueles, 2022), que bajo el viejo mito obrero de *Le Grand Soir*, de la revolución mesiánica, aunque ambas –revolución y colapso– son diferentes caras de la misma figura “metahistórica”. La otra, más cercana a las lecciones de un materialismo histórico depurado de los excesos propagandísticos del marxismo más escolar, concibe el cambio ecologista de un modo mucho más gradual y ambivalente, más contradictorio, menos marcado por una supuesta ley de evolución histórica y más por el juego compositivo de un presente complejo y contradictorio con sus propias posibilidades latentes. Esto es, una mirada hacia la transición ecosocial en el que la innovación institucional ecologista sea, como afirma Rendueles, “coherente con la realidad capitalista y por tanto imaginable desde ella” (Rendueles, 2016, p. 97).

Estas dos visiones contrapuestas de la transición ecológica como proceso de cambio sistémico contienen sus propios lineamientos políticos subliminales (en una dialéctica circular en la que siempre cuesta distinguir si el origen de la posición deriva del diagnóstico o de la apuesta política a priori). Las perspectivas que nos sitúan en el umbral de una disrupción material radical, que va a hacer tabula rasa con nuestra normalidad social, son mucho más propensas a diseñar estrategias notablemente rupturistas. Que, en coherencia con el desplazamiento del mito de la revolución al mito del colapso, ya no se enuncian en retóricas insurreccionales de la toma (o la destrucción) del poder, sino en retóricas del éxodo. De la desconexión adaptativa que va a posibilitar la proliferación exitosa de las lógicas de lo comunal frente a la ruina del entramado público-burocrático de unos Estados incapaces de mantener su actual nivel de complejidad social. En sentido inverso, las visiones de la transición como un proceso más continuista, que la entienden como un ejercicio de recombinación de elementos ya existentes en base a opciones de configuración social desaprovechadas, se alinean mejor con estrategias que asumen la posibilidad de sacar provecho transformador de las reglas de juego político y económico realmente existentes. Por supuesto, estos son dos esquemas ideales que, en la práctica, admiten muchas tonalidades intermedias en los discursos y las propuestas concretas de las fuerzas ecologistas.

Aunque en parte pueda superponerse, esta divisoria no se corresponde con el debate decrecimiento-Green New Deal tal y como ha sido tematizado en los espacios de pensamiento ecologista en los últimos años. En primer lugar, porque el debate decrecimiento-Green New Deal parte de una comparativa falaz entre términos de naturaleza distinta: el decrecimiento es esencialmente una meta regulativa, un objetivo, un fin (aunque con el paso del tiempo también está declinándose en un programa y en toda una serie de medidas políticas más definidas). De hecho, si por decrecimiento se entiende una reducción planificada de la presión material de la economía sobre la biosfera, desligando la consecución de nuestros objetivos sociales (cobertura de necesidades, justicia social, vida buena) del prerequisite de la acumulación de capital, el decrecimiento es el núcleo ideológico básico de cualquier ecologismo transformador. El Green New Deal, por el contrario, es un instrumento, un medio, que busca aprovechar las oportunidades que ofrece el marco institucional de las democracias pluralistas y la capacidad de intervención económica de un Estado dirigido por un gobierno socialmente comprometido para realizar avances en materia de transición ecológica justa. De hecho, muchas de las figuras de cabecera del decrecimiento, cuando quieren hacer propuestas mínimamente pragmáticas, acaban defendiendo una suerte de Green New Deal radicalizado (Hickel, 2023, p. 36).

Sobre esta dicotomía estratégica respecto a la definición del campo de batalla de la ecología política se superpone o se cruza otra importante polémica en relación a los actores colectivos que toman partido en esta batalla y su constitución como sujetos

históricos. De nuevo, podemos recurrir a una simplificación arquetípica dual que en la práctica está llena de hibridaciones y matices.

A un lado, en una suerte de materialismo dialéctico con anabolizantes ecologistas, quienes defienden que la realidad material de la emergencia socioecológica lleva inscrita en sí misma una reacción política hacia la sostenibilidad. El margen de acción de lo político queda reducido a la introducción de una dosis de transparencia sobre lo social que decante las tendencias en curso hacia su resolución correcta. Por tanto, la tarea del ecologismo sería desvelar la verdad de la insostenibilidad, para que, usando una jerga hegeliana, esa especie en peligro de extinción en sí que somos la humanidad, nos convirtamos en una especie en peligro de extinción para sí. Lo que posibilitaría una reacción correctiva ante nuestro propio suicidio. El esquema es muy parecido al viejo dispositivo marxista de la clase obrera como “clase de la conciencia” extendiendo la idea de conciencia más allá de la explotación laboral para abarcar el conjunto de peligros ecológicos a los que estamos abocados. Curiosamente, estos planteamientos que se autoperceben como materialistas suelen terminar derivando en esquemas de intervención política exageradamente idealistas: fe superlativa en el poder de convicción de la verdad científica, necesidad de subsanar nuestro analfabetismo ecosocial, llamadas a acometer giros ontológicos, equiparaciones de la transición con fenómenos de conversión religiosa... Es preciso destacar que a día de hoy, la parte mayoritaria del ecologismo político se sitúa, de modo reflexivo o inconsciente, en estos planteamientos sobre el sujeto colectivo.

Al otro lado, una posición política de signo constructivista que asume, con Stuart Hall, que la política no traduce mayorías sociales, sino que las construye (Hall, 2018). Esto es, que en la gravedad material de la crisis ecológica no viene inscrita ningún tipo de respuesta prefijada, ni la sostenibilidad ni su contrario, ni ningún sujeto político colectivo ya prefigurado de antemano que tuviera que tomar conciencia de su papel en el cumplimiento de las leyes de la metahistoria. Para estas posiciones, el sujeto político ecologista con capacidad de incidencia política será el fruto de un proceso de articulación muy coyuntural de distintas demandas, identidades e intereses, que logre liderar la ecualización de su proyecto político particular con el interés general (hegemonía) a través de una disputa del sentido común.

En este caso, la paradoja materialismo-idealismo no se da de manera tan simétrica. Estas posiciones, en muchas ocasiones superficialmente criticadas como idealistas por la importancia que dan a la dimensión simbólica de los procesos sociales, no vacunan contra la tentación de un auténtico idealismo político (que cabría definir como la sobredimensión de la capacidad de la acción intencional humana para incidir en la historia de modo consciente obviando todas las fuerzas y las resistencias no conscientes y de largo alcance que condicionan su comportamiento). Pero, en general, la voluntad de atender a la textura de lo social con una mirada oportunista y de alta resolución, para así localizar las ambivalencias políticamente más interesantes en el sentido común imperante y las situaciones de intervención más productivas, facilitan a esta posición una panorámica de los límites y las posibilidades de una época más realista y a la vez más creativa. Sin embargo, esta visión constructivista del sujeto político no solo es minoritaria en el ecologismo, sino que también está infrarreflexionada. Solo de modo muy reciente algunos discursos ecologistas comienzan a dotarse de este aparato teórico para armar sus desafíos estratégicos. En no pocas ocasiones su ejercicio deriva más de la puesta en escena de cierta sabiduría práctica acumulada por la experiencia que de un programa conceptualmente coherente o sistemático.

Como ocurre con otros proyectos transformadores este cruce de ejes de tensión estratégica (sobre la proyección del proceso de transición y sobre la constitución del

sujeto de cambio) después se complejiza, en los debates concretos, con disquisiciones diversas sobre la elección de una o de otra táctica, o sobre la lectura de una u otra situación. Con todo, lo más sorprendente de estos debates es que están teniendo lugar desde cierto adanismo histórico o cierta visión de túnel ideológica. Si el cambio climático, como afirma Naomi Klein, reabre necesariamente el debate estratégico sobre la superación del capitalismo (Klein, 2015), no hay mejor forma de enfrentarlo que promoviendo una evaluación lo más exhaustiva y rigurosa posible de la experiencia socialista. Al fin y al cabo, la humanidad acumula más de 170 años de experiencias diversas, con resultados más agrios que dulces, que buscaron políticamente inaugurar un régimen económico poscapitalista y pagaron además un altísimo precio humano por ello. Este inmenso legado, que es tan frondoso en lo teórico como iluminador en lo práctico, debería ser el suelo mínimo del debate ecologista contemporáneo.

Una dificultad añadida a los debates estratégicos del ecologismo político es que habitamos una realidad vertiginosamente dinámica, en la que si bien algunos rasgos epocales se mantienen estables otros mutan con bastante velocidad. Hace cuatro años Héctor Tejero y yo escribimos un libro con clara vocación de reflexión e intervención estratégica, *¿Qué hacer en caso de incendio?* (Tejero y Santiago, 2019), que si bien no ha envejecido del todo mal, también presenta ya algunos problemas de ajuste.

Entre los elementos que siguen presentando cierta consistencia como rasgos fuertes de época está la constatación de que las fuerzas transformadoras tenemos que enfrentar la emergencia ecológica y climática desde una correlación de fuerzas notablemente desfavorable. Al menos en Occidente, las fuerzas progresistas o de izquierdas, tanto en sus expresiones políticas como en las sindicales como en las asociativas, están universalmente afectadas por una pérdida de músculo militante muy notoria, que se correlaciona bien con la caída tendencial de su influencia política. Algo que, como señala Ignacio Sánchez Cuenca, es un fenómeno transversal que afecta a muchos países de modo bastante independiente a cómo se ha resuelto en su seno los debates que desvelan a la izquierda, que suelen apuntar o bien hacia cuestiones de clarificación ideológica-programática o bien a cuestiones de definición del modelo organizativo (Sánchez Cuenca, 2021). Un hecho que probablemente no sea más que un síntoma del grado de enraizamiento hegemónico del proyecto neoliberal, que en cuarenta años de aplicación ha logrado comprometer profundamente las bases antropológicas mismas que hacían posible el modelo de cambio social que la izquierda ha abanderado en los últimos dos siglos. Y cuyo axioma cero siempre ha sido supeditar las transformaciones posibles al ejercicio de una política de masas. Considero también que el llamado explícito del libro a hacer de una estrategia de signo constructivista el centro de la reflexión ecologista, una tarea que nosotros enfocamos desde la tradición neogramsciana, sigue siendo una postura necesaria para abrir rutas de intervención política más eficaces. Como lo sigue siendo reclamar una tercera vía entre el colapsismo y el tecnoutopismo, dos posiciones que, pese a estar en las antípodas respecto a sus expectativas de futuro, presentan una alta coincidencia en sus efectos despolitizadores.

Sin embargo, en apenas cuatro años, ciertos fenómenos esenciales para la definición de una estrategia política ecologista exitosa han conocido cambios sustanciales. Algunos han sido para bien, otros han añadido nuevos obstáculos, y en otros casos el carácter de su impacto está aún en disputa.

Entre los primeros destaca la derrota, aunque fuera por la mínima, del negacionismo climático organizado en países tan importantes para el futuro del clima como EEUU o Brasil, una derrota que no solo ha sido electoral sino que también ha logrado impedir intentonas de involución democrática profundamente perturbadoras. Aunque esta no es una amenaza resuelta, sí que ha pasado a segundo plano.

Entre los nuevos rasgos de coyuntura que podríamos considerar ambivalentes, es importantísimo resaltar que hemos asistido a la completa ruina intelectual del proyecto neoliberal, que si bien ya estaba en decadencia desde la crisis del 2008, tuvo en la gestión política de la pandemia del covid19 su golpe de gracia. Un descrédito intelectual que no se ha quedado replegado en los departamentos universitarios o los think tanks, sino que ya se está traduciendo en cambios políticos de enorme relevancia que anuncian un retorno sólido de marcos de economía política atravesados por categorías como intervención, regulación, planificación, proteccionismo comercial o política industrial. Una nueva era macro-económica está naciendo. Una cuyos contornos se parecen superficialmente a aquella que las propuestas del Green New Deal del 2019 promovieron. Pero cuya definición final, como ha advertido lúcidamente Xan López (López, 2022), no tiene por qué suponer automáticamente una ganancia en términos de justicia social o retroceso de la primacía de la acumulación de capital.

Finalmente, entre los rasgos de coyuntura que suponen una nueva dificultad está el desplazamiento del sentido social de la descarbonización: en estos años hemos transitado del marco de preocupación climática que reinaba en 2019 a un marco que, en 2023, gravita alrededor de la idea de seguridad nacional. Con la invasión rusa de Ucrania, Europa ha tenido que enfrentarse al duro examen de su profunda vulnerabilidad energética. Esto ha supuesto un incentivo para el desarrollo de las renovables, pero al mismo tiempo un incentivo para el desarrollo de cualquier otra fuente de energía alternativa al petróleo y el gas ruso, incluyendo el retorno transitorio de la explotación de energías fósiles que el Acuerdo de París nos apremia a abandonar cuanto antes (un fenómeno cuyo símbolo más potente es el efecto deslegitimador de ver a una fuerza política como Los Verdes, socio del gobierno alemán, asumiendo el mal menor de regresar al carbón para capear los problemas energéticos sobrevenidos a causa de la guerra). Lo delicado es que este nuevo marco securitario se impone justo en el momento en el que la concentración de inversiones en el despliegue de energías renovables anticipa que nos encontramos en el umbral de un super-ciclo de expansión capitalista que, aunque con todas las hipotecas que son propias del funcionamiento de la economía capitalista (explotación laboral, procesos de acumulación por desposesión, conductas extractivistas) parece que puede alcanzar el ritmo y la magnitud que las evidencias científicas señalan como única posibilidad de evitar la catástrofe.

Ya de por sí era previsible que una penetración de renovables a la escala y a la velocidad que exige cumplir con los objetivos de París supondría una fuente de fricciones serias y políticamente explosivas. Especialmente en territorios que arrastran fuertes agravios históricos por su condición geográfica subalterna, espacios que en una economía capitalista ofrecen la ventaja comparativa de combinar suelos de bajo precio y escasa capacidad de resistencia organizada (Franquesa, 2023). Pero un marco de sentido centrado en la seguridad nacional y no en la crisis socioecológica (que, por ejemplo, normalizara en el debate público la preocupación por el clima, pero simultáneamente la inquietud por la pérdida de biodiversidad o cierto principio de precaución ante el impacto perjudicial de la minería o ante la escasez de recursos) facilitará además que algunos sectores del ecologismo transformador se alineen, voluntaria o involuntariamente, con discursos *nimby* que rechazan las instalaciones renovables a razón de sus diversos impactos (que en algunos casos son netamente perjudiciales, y se intensifican por las prácticas oligopolísticas y especulativas de las empresas promotoras, y en otros casos son más discutibles). Discursos cuyo efecto político agregado es frenar o retrasar la transición energética. Una alianza peligrosa porque, además de obstaculizar una tarea inaplazable, también refuerza, desde el argumentario ecologista, la legitimidad de los propuestas negacionistas de la extrema derecha para los territorios rurales, que son los que

concentrarán el grueso de estos nuevos conflictos socioambientales verdes. Una alianza que puede además fructificar en el terreno abonado de toda una serie de tensiones y contradicciones no resueltas en las nuevas relaciones ciudad-campo, asociadas a los imperativos de transformación ecológica del sistema agroalimentario. Y cuya capacidad de influencia nacional puede ser significativa, más allá de los territorios concretos, dado que en muchos sistemas políticos las zonas rurales están además electoralmente sobrerrepresentadas (Moriche, 2022).

Este rápido mapa de bolsillo de los debates estratégicos del ecologismo contemporáneo dibuja los contornos de toda una cadena de desafíos, tanto reflexivos como prácticos que, si no son exactamente continentes vírgenes, sí van a conocer una novedosa exploración, intensa y sistemática, en los próximos años a medida que la emergencia socioecológica demuestre sus méritos para alzarse como el tema de nuestro tiempo. Una indagación colectiva que nos arrojará sorpresas, descubrimientos y obstáculos imprevistos, y que marcará de modo creciente el compás de nuestra vida pública. Lo que parece indudable es que el tiempo del ecologismo político del siglo XX, centrado en divulgar los datos fundamentales de la gravedad de la crisis ecológica, o enunciar propuestas de transición ecológica abstractas, con un fuerte déficit de reflexión sobre las posibilidades de su aplicación en las condiciones políticas y antropológicas realmente existentes, ya ha pasado. El siglo XXI ya nos ha puesto más allá de estas preguntas. Entre la unánime constatación científica del rumbo catastrófico de la sociedad moderna y la enumeración de programas ideales de transición hay un hueco intelectual y político. Es el hueco del cómo hacerlo. Atender a este hueco, hacerse cargo de él, e intentar cubrirlo debería ser, por emplear el enfoque orteguiano, nuestro asunto generacional por excelencia, el tema de nuestro tiempo.

4. Sobre los contenidos de este número

Este número monográfico de la revista *Pensamiento al margen*, dedicado a la emergencia socioecológica como tema de nuestro tiempo, está estructurado en cuatro secciones.

En la primera de ellas se reúnen las respuestas de seis personas relevantes del ecologismo en España, tres mujeres y tres hombres de diferentes generaciones, y diferentes perfiles y compromisos científicos, profesionales y activistas, a un cuestionario común de cinco preguntas. Estas han versado sobre el balance histórico del ecologismo en España, los rasgos fundamentales de nuestra coyuntura actual, las proyecciones de futuro que manejan, la ya mencionada cuestión del cómo y por último una reflexión en clave generacional. Han respondido a este cuestionario Cristina Narbona, senadora del PSOE y ministra de Medio Ambiente de España entre 2004 y 2008, Jorge Riechmann, filósofo ecosocialista de referencia en lengua castellana, Yayo Herrero, antropóloga y destacada pensadora y activista ecofeminista, Joan Herrera, ex coordinador de ICV y ex director del Instituto de Diversificación y Ahorro Energético, Gemma Barricarte, arquitecta e impulsora del movimiento Fridays For Future y Martín Lallana, investigador ecosocial y militante de Anticapitalistas.

La segunda sección recopila abordajes diversos al tema conductor del número en un sentido académico más convencional. Desde la coordinación se ha procurado solicitar colaboraciones que pudiesen resultar relativamente novedosas en su enfoque o bien que abordaran algunos de los temas más polémicos de los debates ecologistas actuales.

Lo abre una exquisita reflexión de la filósofa Marina Garcés sobre el papel de la promesa en tiempos de colapso y la necesidad de rebelarnos contra la servidumbre adaptativa. El segundo texto del bloque es de Luis Arenas, profesor de filosofía de la Universidad de Valencia, que se pregunta lúcidamente si el redescubrimiento de la teoría

Gaia por parte del ecologismo político puede ofrecernos el tipo de “cosmograma” que necesitamos para enfrentar la crisis ecológica. Xan López, miembro del colectivo Contra el Diluvio continúa con un audaz e innovador análisis sobre el papel de los bancos centrales en la transición ecológica, iluminando un aspecto tan crucial para el futuro como poco analizado en el pensamiento ecologista (y la izquierda en general). El sociólogo Jorge Moruno desarrolla, en el artículo siguiente, el fundamento de una tesis profundamente rupturista para el sentido común del ecologismo: la crítica a la presunción de efectividad política de la verdad científica y la reivindicación de la creencia (también la creencia en la ciencia) como elemento indispensable de las políticas ecosociales transformadoras. En la misma línea de cuestionar algunos presupuestos muy asumidos por el ecologismo, el filósofo y sociólogo Cesar Rendueles y el historiador del arte Jaime Vindel, ambos investigadores del CSIC, en un texto en el que he podido colaborar con algunas ideas, desarrollan en su artículo una aguda crítica a un asunto tan cardinal como apenas tratado: los límites y las hipotecas que impone el holismo ontológico, que es una apuesta filosófica fundamental de buena parte del pensamiento ecologista, tanto a su potencia teórica como a su praxis política. Finalmente, la segunda sección la cierran tres textos que enfrentan tres de los asuntos más espinosos que el ecologismo actual debe abordar. Daniel López, científico titular del CSIC y experto en sistemas agroalimentarios, realiza un exhaustivo mapa de la complejidad de la transición ecológica en el terreno agrario y los obstáculos que el ecologismo encuentra para tejer alianzas políticas fecundas con el mundo rural. Sigrid Muñiz y Jaume Moya, integrantes del proyecto *Eudemon*, nos exponen los fundamentos de una de las experiencias más innovadoras de resolución de conflictos ecosociales vinculados a la implantación de energías renovables en los territorios. Finalmente, Pedro Glazt, integrante del Centro de Análisis Socioambiental de Chile (CASA) y ex asesor del Ministerio de Medio Ambiente del gobierno de Boric, y Carolina Palma, politóloga y coordinadora de la ONG FIMA, centrada en la justicia ambiental, nos ofrecen una aproximación a las dificultades de construcción de mayorías ecologistas transformadoras a partir de su conocimiento directo de uno de los casos de estudio más importantes de la historia reciente del ecologismo mundial: el reciente fracaso del proceso constituyente chileno, que poseía un marcado acento ecologista.

En la tercera sección del número hemos solicitado textos que pudieran introducir en el debate ecosocial un aspecto tan importante como subestimado: reflexividad sobre los procesos de construcción e implementación de políticas públicas ecologistas transformadoras, con el valor de estar escritos por los sujetos protagonistas de dichos cambios. Para ello, y con el fin de captar también la dimensión personal y subjetiva de dichos procesos, hemos optado por sugerir un registro que, aun siendo riguroso, fuera menos académico. Esta sección la componen textos que nos acercan a la trastienda de cuatro de las políticas públicas más avanzadas que ha conocido el Estado español en los últimos años, y cuya ejecución no ha estado exenta de fricciones y polémicas. Janet Sanz, teniente de alcalde de Barcelona y directora del Área de Ecología, Urbanismo, Infraestructuras y Movilidad, nos acerca al laureado pero muy discutido por parte de sus rivales políticos proyecto Superilla; en un caso similar en su instrumentalización por parte de la derecha, Inés Sabanés, exdiputada de Más Pais-EQUO y exconcejala de Movilidad y Medio Ambiente del Ayuntamiento de Madrid, nos acerca a las dificultades de implementación de una medida pionera y necesaria como el área de bajas emisiones de Madrid Central; Mikel Otero, activista ecosocial y diputado de EH Bildu, nos expone las bases de la estrategia energética de este partido, que en algunos de los municipios vascos en los que gobierna está experimentando con modelos de implantación de renovables muy interesantes (combinando la gran escala con participación y socialización de los beneficios); finalmente Héctor Tejero, diputado de Más Madrid y coordinador político en

el Congreso de Más País, nos ofrece un análisis político de cómo se logró introducir en el debate público nacional y convertir en proyecto piloto una de las medidas estrella de cualquier programa decrecentista: la jornada laboral de cuatro días.

El número lo cierran dos reseñas de dos libros que han tenido un enorme impacto en el debate ecologista reciente a nivel global. La primera, la firma la antropóloga Cristina de Benito, y versa sobre la etnografía de Anna Tsing, *La seta del fin del mundo*, un libro que va camino de convertirse en un clásico de un enfoque ecologista regenerativo. La segunda, cuya autoría corresponde a los jóvenes investigadores sobre decrecimiento Lucía Muñoz y Lorenzo Velotti, nos acerca a uno de los títulos que ha ayudado más a consolidar la madurez intelectual de la ideología decrecentista, *The Future is Degrowth*, de Matthias Schmelzer, Andrea Vetter y Aaron Vansintjan, publicado en Verso Books en el año 2022.

5. Referencias

- Commoner, Barry (1973). *El círculo que se cierra*. Plaza y Janes.
- Corriente Cálida (2023) Fósiles Socialistas, en Corriente Cálida, n2. Disponible en: <https://corrientalida.com/fosiles-socialistas/>
- Escrivà, Andreu (2020) *¿Y ahora yo que hago? Como evitar la culpa climática y pasar a la acción*. Capitán Swing.
- Fernández Liria, Carlos (1999) *El materialismo*. Síntesis.
- Frank, Adam (2018) *Light of the Stars. Alien Worlds and the Fate of the Earth*. W. W. Norton & Company.
- Franquesa, Jaume (2023) *Molinos y gigantes. La lucha por la dignidad, la soberanía energética y la transición ecológica*. Errata Naturae.
- Hall, Stuart (2018) *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda*. Lengua de Trapo.
- Harris, Marvin (2004) *Nuestra especie*. Alianza.
- Hickel, Jason (2023) *Menos es más. Cómo el decrecimiento salvará al mundo*. Capitán Swing.
- Hinkelammert, Franz y Mora, Henry (2014) *Hacia una economía para la vida*. Filosofía.cu y Caminos.
- Jonas, Hans (2015). *El principio de responsabilidad*. Herder.
- Klein, Naomi (2015). *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*. Paidós
- Krznic, Roman (2020). *The Good Ancestor: A Radical Prescription for Long-Term Thinking*. The Experiment
- Leccardi, Carmen y Feixa, Carles (2011) “El concepto de generación en las teorías sobre la juventud”, en *Última década*, nº34, págs. 11-32.
- López, Xan (2022) “Socialdemocracia de guerra”, en *Amalgama*. En línea. Disponible en: <https://amalgama.ghost.io/socialdemocracia-de-guerra/>
- Malm, Andreas (2020) *Capital Fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*. Capitán Swing.
- Moore, James (2020) *El capitalismo en la trama de la vida*. Traficantes de Sueños.
- Moriche, Jónatham F. (2022) “Hacia un nuevo acuerdo territorial para la España rural y campesina”, en VVAA *La conquista del espacio*. Contra el Diluvio.
- Olabe, Antxon (2022). *Necesidad de una política de La Tierra. Emergencia climática en tiempos de confrontación*. Galaxia Gutenberg
- Ortega y Gasset, José (1988) *El tema de nuestro tiempo*. Espasa Calpe.
- Polanyi, Karl (1989). *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Ediciones La Piqueta.

- Popper, Karl (2002) *La miseria del historicismo*. Alianza/Taurus.
- Rendueles, César (2016) *En bruto. Una defensa del materialismo histórico*. Catarata.
- Rich, Nathaniel (2020). *Perdiendo La Tierra. La década en que podríamos haber detenido el cambio climático*. Capitán Swing
- Riechmann, Jorge (2016) *Ética extramuros*. UAM Ediciones.
- Rockström, Johan (2022) “Puntos de inflexión y ciclos de retroalimentación”, en Thunberg, Greta, *El libro del clima*. Lumen.
- Sahlins, Marshall (1960). “Evolution Specific and General”, en Sahlins, Marshall y Service, Elman (eds.), *Evolution of Culture*. University of Michigan.
- Sánchez Cuenca, Ignacio (2021). *La situación actual y el futuro de la izquierda*. En línea. Disponible en: <https://pasosalaizquierda.com/la-situacion-actual-y-el-futuro-de-la-izquierda/>
- Santiago, Emilio; Vindel, Jaime y Rendueles, César (2022) “Colapsismo: la cancelación ecologista del futuro”. *Corriente cálida*, nº1, pp. 10-29.
- Tejero, Héctor y Santiago, Emilio (2019) *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*. Capitán Swing.
- Tooze, Adam (2022) “Defining Polycrisis - From Crisis Pictures to the Crisis Matrix”, *Chartbook* #130. En línea. Disponible en: <https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-130-defining-polycrisis>
- Toulmin, S. E. (1972). *Human understanding, vol. 1. The collective use and evolution of concepts*. Oxford University Press.
- World Economic Forum (2023). *The Global Risks Report*. WEF